

MONTALVO, GONZALEZ SUAREZ Y LA NO INTERVENCION

EXTRANJERA

Plutarco Naranjo

A pesar de cuanto -sobre todo en apariencia- puede separar a un escritor revolucionario, a un luchador liberal y un prelado y jefe de la Iglesia de su país, hay mucho de común entre los dos grandes maestros ecuatorianos: Montalvo y González Suárez. Ambos constituyen la más alta expresión de la inteligencia de un pueblo. Ambos fueron visionarios y soñaron con la grandeza de la patria; ambos fueron revolucionarios, a su modo, en su época histórica y en el ambiente que les tocó vivir. Ambos tuvieron que luchar contra el fanatismo, contra el retraso, contra la injusticia. Ambos fueron incomprendidos y ambos, calumniados. Pero por encima de los enconos de la época, de la mezquindad de adversarios y enemigos, las dos figuras se elevan luminosas en los ámbitos de nuestra historia.

El principio de la no intervención de un país en los asuntos internos de otro, el principio de la autodeterminación de los pueblos, proclamados por los más altos organismos internacionales y convertidos en apasionado tema de fogosos discursos, tienen antecedentes históricos que, en lo que toca al Ecuador, se remontan a cerca de un siglo.

Montalvo contra la intervención colombiana

Corría el año de 1876. Gobernaba el país Antonio Borrero, hombre honesto pero pusilánime y carente de visión política. La importante Jefatura Militar de Guayaquil había sido encomendada a un joven Coronel, astuto, ambicioso, sin escrúpulos, quien en carta personal dirigida al Jefe del Estado, el 30 de Agosto de aquel año, entre otros votos de respaldo, formulaba el siguiente: "Asegurar perfectamente la paz y, sobre todo, afianzar el Gobierno de usted por el señalado aprecio y alta estimación a su persona, ha sido el único móvil de mis procedimientos... Usted debe persuadirse que yo y todos

mis amigos, sea cual fuere nuestra posición, estaremos siempre con usted, siempre con abnegación y lealtad."

Ocho días más tarde el mismo Coronel se proclamaba Jefe Supremo y después de una batalla en la que quedaron segadas 2.000 vidas y Borrero se vio obligado a tomar el camino del destierro, Veintemilla, el joven Coronel asumía el gobierno del país, proclamando que su triunfo era el triunfo del liberalismo sobre las fuerzas que habían mantenido a García Moreno en el poder.

Muchos prestantes liberales, hasta ese gran patricio Pedro Carbo, cayeron en la falacia y respaldaron a Veintemilla. Las fuerzas conservadoras no se avinieron a su derrota y en Octubre de 1877 iniciaron, en Tulcán, un movimiento de reconquista del poder. Avanzaron hacia Quito pero fueron finalmente derrotadas. Mientras tanto el Jefe Político de Tulcán, en su desesperación por defender al gobierno había solicitado apoyo al Comandante del Departamento del Sur de Colombia, país donde había triunfado el movimiento liberal. Los dos gobiernos liberales, de Ecuador y Colombia, habían intentado la firma de un pacto secreto de ayuda recíproca ante las amenazas de las fuerzas conservadoras. Haya existido o no dicho pacto, la verdad es que el Jefe Militar del Cauca, en forma inusitadamente rápida, envió al Ecuador un ejército de 2.000 hombres.

Montalvo no toleró semejante intervención extranjera. Nada, ni al argumento de defender un gobierno de tendencia liberal podría justificar la entrada en el país de un ejército extranjero. Montalvo, que había condenado los absurdos intentos de García Moreno de propiciar la intervención, en el Ecuador, de otros gobiernos, iba a callar ahora que el ejército de Colombia había traspasado la frontera? Podía callar semejante atropello internacional porque de por medio estaban las proclamas liberales o porque Colombia había sido su generoso albergue de años de destierro y ostracismo? El

agradecimiento de la hospitalidad así como la defensa de ideas políticas tienen sus límites. Los límites que impone en honor de la Patria, la preservación de su soberanía, el derecho del pueblo a darse al gobierno que desee.

A través de "El Regenerador," Montalvo se lanza indignado contra la intervención extranjera y sus responsables. Dice: "Hemos llegado por fin al último grado de miseria y desventura a que suelen llegar los pueblos que van apurando las desgracias anexas a las humanas sociedades. La intervención extranjera es síntoma de agonía para un pueblo, o principio de un horroroso despotismo que concluye por la ruina de la patria o por la destrucción de los tiranos ... Aquí tenéis, ecuatorianos, vuestra honra mancillada, vuestra independencia echada por tierra... Mañana subirá al púlpito cualquier fraile subversivo, y predicará un mal sermón contra el gobierno: vengan los colombianos. Mañana disparará un polizone su escopeta en el corral: vengan los colombianos. Mañana gritará un borracho: "¡Viva don Antonio!" vengan los colombianos. Mañana cantará un gallo a media noche: vengan los colombianos. Qué nación es ésta? qué república? En cuanto a la honra militar, respondan los generales que tienen necesidad de ejércitos extranjeros para prevalecer sobre los enemigos interiores... Yo sé que me expongo al tercer destierro, o a cosa peor, al expresarme con este desembarazo; mas si no hubiera un ecuatoriano que alzara el pecho gimiendo por estas calamidades, protestando contra estos abusos, todos se hallaran en aptitud de llamar al Ecuador "pueblo vil," "pueblo infame"; y lo que también es malo, aunque no peor, "pueblo ignorante", "pueblo ciego".

González Suárez contra la nueva intervención

El Ecuador vivía otro momento histórico. Alfaro y la verdadera revolución liberal habían triunfado en el país. Las fuerzas conservadoras repuestas ya del duro golpe recibido en 1895, no dieron tregua al nuevo gobierno y los enfrentamientos se sucedieron, sobre todo, entre 1897 y 1890. Hubo subversión

y lucha armada en Loja, en el Azuay, en Bolívar, en Chimborazo. Según la expresión de Pareja Diezcanseco "gobernábase desde un caballo". No obstante la grave derrota que sufrieron los conservadores comandados por el General Sarasti, en la batalla de Sanancajas, en 1899, al año siguiente daban otro golpe armado en la ciudad de Tulcán. Los conservadores del Departamento de Nariño, ante las apasionadas prédicas de guerra santa efectuada por sacerdotes y sobre todo por el terrible Obispo Schumacher, a quien respaldaba el Obispo de Pasto, Monseñor Moreno, atravesaron la frontera del Carchi y engrosaron las filas de los insurrectos. Las tropas leales al gobierno volvieron a derrotar a los rebeldes y los colombianos tuvieron que volver en fuga a sus lares patrios.

Esta vez no había sido el ejército al mando de un gobierno liberal el que intervino en el Ecuador, habían sido fuerzas conservadoras que penetraba a luchar en contra de un gobierno liberal. Para entonces el gran Cosmopolita había pasado ya al reino de la gloria. Pero para honra del Ecuador, otro de sus hijos preclaros salió por los fueros de la Patria. Monseñor González Suárez, Obispo de Ibarra, en su Carta Pastoral vertía conceptos que la historia no olvidará: "Nuestros sacerdotes se han de mantener muy por encima de todo partido político, llámense como se llamaren. Cooperar de un modo u otro a la invasión colombiana sería un crimen de esa patria. Nosotros los sacerdotes no debemos sacrificar la Patria por salvar la religión... Nuestros sacerdotes han de trabajar por la paz; yo como Prelado les impongo el deber de trabajar porque la tranquilidad pública no se perturbe". Y en otra parte agregaba: "En mi Diócesis yo soy tan Obispo como lo es cualquier otro Obispo católico en la suya y no son mis fieles los que me han de dirigir a mi sino yo quien les ha de aconsejar y dirigir a ellos... Exijo a mis sacerdotes la obediencia y el sometimiento a la dirección de un prelado". He aquí al patriota leal, al ciudadano inclito, al prelado sagaz que sabe distinguir entre los postulados de la fe y la dignidad de la república,

entre los riesgos para la religión y la independencia y la soberanía nacionales.

A Montalvo, siendo paradigma de la lucha liberal le tocó, en defensa de la soberanía de la Nación y la violabilidad de sus fronteras, combatir a los propios liberales y a González Suárez, siendo Obispo, por motivos iguales, le tocó combatir contra sacerdotes, contra Obispos, y contra feligreses fanatizados. Uno y otro tuvieron que saborear la mendacidad, la maledicencia de los propios y ambos nos han legado estas imperecederas lecciones de civismo.